

PARA PROFUNDIZAR MÁS EN MARCOS 7, 1-23

1. Las leyes de la pureza y de la impureza en tiempos de Jesús: La gente de aquella época tenía una gran preocupación por el problema de la pureza. Las normas sobre la pureza indicaban las condiciones necesarias para poder ponerse en presencia de Dios y sentirse a gusto ante Él. No se podía estar delante de Dios de cualquier modo, sino que había que estar puro. Porque Dios es Santo. En el tiempo de Jesús había muchas cosas y actividades que volvían impuras a las personas, imposibilitadas de ponerse delante de Dios: tocar un leproso, comer con publicanos, comer sin lavarse las manos, tocar la sangre o el cadáver y otras muchas. Todo esto volvía impura a las personas y el contacto con estas personas contaminaba a otros. Por esto, estas personas «*impuras*» debían ser evitadas. La gente vivía apartada. Con la venida de Jesús todo cambia. Por la fe en Jesús, era posible obtener la pureza y sentirse cómodo delante de Dios, sin que fuese necesario observar todas aquellas leyes y normas de la «*tradicción de los «antiguos»*». ¡Fue una verdadera liberación!

2. El proyecto de Jesús desarticula la dominación religiosa de los fariseos: El proyecto de Jesús era contrario al sistema político y religioso de los fariseos y los maestros de Israel. Cuando él sanaba a los enfermos el día sábado, cuando perdonaba los pecados, cuando comía con los pecadores, etc. manifestaba su oposición a la religión de los fariseos. Demostraba así, como dice él mismo en la Escritura, que él traía un vino nuevo que no podría echarse en las vasijas viejas del sistema; que su proyecto no era parchear el viejo vestido de la religión de los fariseos, sino poner una tela nueva para fabricar un vestido nuevo. Para Jesús, la religión dominante de su época es una religión de los labios: pura palabrería exterior, que no transforma el corazón de las personas ni libera al pueblo. Les reclama que ellos no predicaban la palabra de Dios sino mandatos humanos. Era una religión creada por los seres humanos para dominar y por eso no sirve para nada. Jesús desenmascara el sistema con el que ellos oprimían al pueblo para así poder liberarlo. Y no se queda ahí, sino que en sus discursos ataca cada vez más duro a los fariseos que han creado una religión de la muerte, cuando Dios quiere una religión de la vida.

3. «Ustedes descuidan el mandamiento de Dios por aferrarse a tradiciones de hombres». (v.8): Éste es el gran pecado de la religión en tiempos de Jesús y puede ser también nuestro pecado: establecer normas y tradiciones y colocarlas en el lugar que sólo debe ocupar Dios, respetándolas – incluso- por encima de su voluntad. No se pasa por alto la más mínima norma, aunque vaya contra el amor y haga daño a las personas. Se le honra a Dios con los labios pero el corazón está lejos de él; se cumplen ritos pero no hay obediencia a Dios sino a los seres humanos. Y entonces, poco a poco, olvidamos a Dios y le quitamos importancia al evangelio para no tener que convertirnos demasiado. Orientamos caprichosamente la voluntad de Dios hacia lo que nos interesa y olvidamos su exigencia absoluta de amor. Con el tiempo, no echamos en falta a Jesús y vivimos olvidados de su proyecto, que es construir un mundo nuevo según el corazón de Dios, construir el Reino de Dios.

4. Aclaración de Jesús a los discípulos (7,17-23): Los discípulos no entienden lo que Jesús quería decir. Cuando llegaron a casa pidieron una explicación, y esto sorprende a Jesús, que pensaba que ellos lo habían entendido. La explicación va hasta el fondo de la cuestión de la pureza. Declara puros todos los alimentos. O sea, ningún alimento que desde fuera entra en el ser humano podrá volverlo impuro, porque no va al corazón. Lo que vuelve impuro es lo que desde dentro, desde el corazón, sale para envenenar las relaciones humanas. Y las enumera: «*fornicaciones, robos, adulterios, codicia, maldad, fraudes, envidia, injuria, orgullo y falta de sentido moral*». Y Jesús, de muchos modos, ayudaba a las personas a ser puras. Por medio de la palabra, purificaba a los

leprosos (1,40-44), arrojaba los espíritus inmundos (1,26-39; 3,15.22 etc.) y vencía la muerte, fuente de todas las impurezas. Por medio del gesto, la mujer considerada impura vuelve a ser limpia (5,25-34). Por medio de la convivencia con Jesús, los discípulos se ven animados a imitar a Jesús que, sin miedo de contaminarse, come con las personas consideradas impuras. (2,15-17). Así libera Jesús.